

## ¿Qué comemos los mexicanos de hoy?

María de Jesús Espinosa Macías

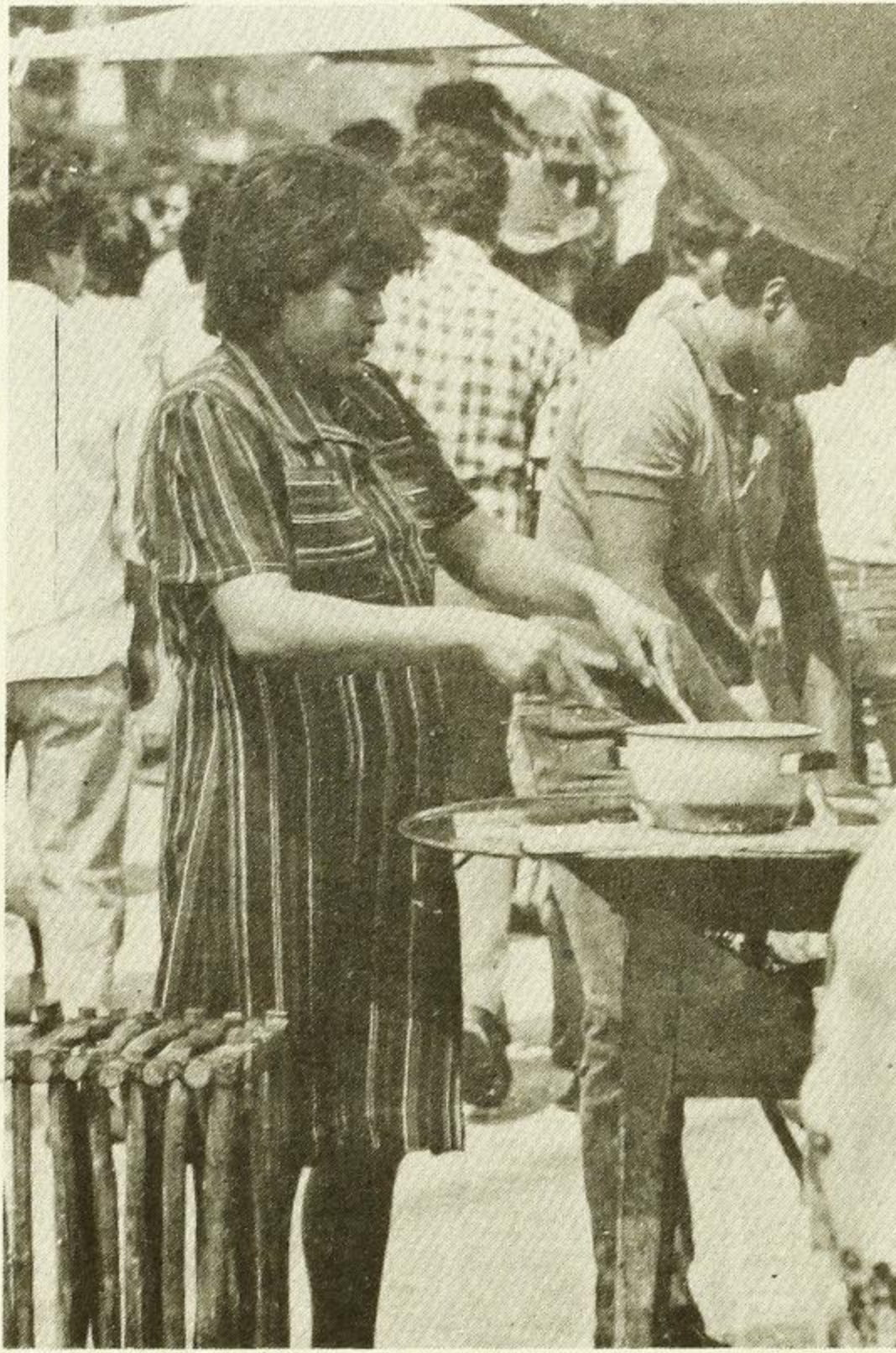
La elevada inflación y los topes salariales impuestos a los trabajadores desde 1976, han obligado a un cada vez mayor número de mexicanos a disminuir su consumo de alimentos y empobrecer la estructura de su dieta diaria.

Si bien es cierto que en nuestro país todavía no se registran problemas de hambruna en los niveles que afectan a otras naciones del Tercer Mundo, tampoco se puede negar que existen alrededor de 20 millones de habitantes que sufren desnutrición crónica.

Este padecimiento que se ha agudizado en los últimos años como consecuencia del deterioro de los ingresos de los asalariados afecta principalmente a los niños menores de cuatro años, a quienes les produce daños irreversibles en el sistema nervioso central, reduciendo definitivamente las posibilidades de que desarrollen su inteligencia y limitando su crecimiento físico.

La dieta tradicional del mexicano, basada en el consumo de maíz, frijol y chile, complementada con pequeñas cantidades de productos de origen animal, verduras y frutas, es cualitativamente correcta por ser completa y equilibrada, señalan especialistas del Instituto Nacional de Ciencias y Tecnología de la Salud del Niño del DIF; no obstante, subrayan que la desnutrición se ha incrementado porque las cantidades de estos alimentos no son ingeridos en cantidades suficientes.

Imaginemos a una jefa de familia que ha visto disminuir sus ingresos a la mitad de lo que recibía en 1976, comprar alimentos cuyo precio se



(Virginia Rodríguez)

elevó en más del cien por ciento anual, necesariamente tendrá que gastar más y adquirir menos productos.

Debemos añadir que además de los topes salariales, la política gubernamental de retirar los subsidios a los alimentos básicos se ha constituido en un factor de encarecimiento adicional, de tal manera que mientras un trabajador de salario mínimo destinaba en 1982 el 60 por ciento de su ingreso a la adquisición de la canasta básica, para marzo de 1987 la compra de los mismos productos absorbieron el 84.3 por ciento del minisalario.

Lo anterior se ha traducido en una reducción obligada en el gasto destinado a la compra de alimentos, fundamentalmente para satisfacer otras necesidades urgentes como son vivienda, transporte, ropa y calzado.

Al respecto, una encuesta realizada por el Instituto Nacional del Consumidor (INCO) revela que el gasto destinado a la compra de alimentos entre junio de 1985 y febrero de 1987 experimentó una baja de entre 14 y 30 por ciento y, además, se observa una clara tendencia a adquirir menos productos de origen animal y más vegetales.

Entre los productos que han perdido importancia dentro del consumo diario, se encuentran las carnes de pollo, res y cerdo, el atún y los embutidos como el jamón, chorizo y longaniza, pan dulce, aceite vegetal, aguacate y plátano.

Otros productos han ganado importancia dentro del gasto en alimentos, es decir, tortillas, pan blanco, pasta para sopa, frijol, vísceras, leche y huevo.

Sin embargo, el estudio precisa que el 50 por ciento de las calorías y proteínas que consumen las familias mexicanas provienen de sólo tres alimentos: tortilla, pan blanco y leche.

Esta situación es alarmante pues cada vez los mexicanos que enfrentan problemas para satisfacer sus necesidades elementales aumentan, en un contexto donde continúa acelerándose la pérdida de los ingresos.

La crisis y la política económica adoptada para superarla han modificado la calidad y la cantidad de los alimentos a que tienen acceso los mexicanos, agudizando el ancestral problema de la desnutrición en nuestro país y por lo tanto, reduciendo las posibilidades y la esperanza de vida.

El futuro inmediato no puede ser halagador si tomamos en cuenta



que debido a la desigualdad económica que prevalece, alrededor de 90 mil niños mexicanos mueren anualmente por desnutrición, mientras que más de la mitad de los que logran sobrevivir padecerán deformaciones óseas, ceguera irreversible, la disminución de su talla y de su peso, pero sobre todo, mentalmente no llegarán nunca a desarrollarse plenamente, pues por la falta de

proteínas sus células nerviosas no llegarán a funcionar.

La pobreza extrema que afecta cada vez más a los mexicanos resulta alarmante y ofensiva. No se justifica como medio para salir de la crisis; ya que en un país de desnutridos, se reducen las esperanzas de vida, la creatividad e inventiva y la posibilidad de elevar la productividad. *Jom*

## ¿Y qué podemos comprar?

Patricia Muñoz Ríos

El deterioro que ha registrado el poder adquisitivo de los salarios en los últimos años no ha sido compensado por los aumentos y ha provocado un grave empobrecimiento de las clases medias y bajas de nuestro país.

Debido a que cada vez se destina una mayor parte del salario al consumo de alimentos, los trabajadores no tienen posibilidades de adquirir otros satisfactores como son los artículos de consumo duradero, bienes inmuebles u otros, como el esparcimiento.

En el presente año, la venta de satisfactores duraderos como los artículos de línea blanca, aparatos electrónicos, automóviles y muebles, se ha reducido a una cuarta *(Silvia González de León)*

parte del nivel que tenían en 1983.

Según informes de la Asociación Nacional de Distribuidores de Aparatos Electrodomésticos, la venta de este tipo de aparatos ha caído gravemente. La mayor parte de la población sólo puede cubrir sus necesidades más elementales, comprar en estos momentos algún bien de consumo duradero es ya considerado como un lujo.

La razón es muy sencilla; por ejemplo, para poder adquirir una estufa —la más barata del mercado— se tendrían que destinar casi tres meses de salario, siempre y cuando el ingreso se utilice íntegramente para ese fin, sin pagar alimentos ni realizar ningún otro gasto inmediato. Un televisor equivale a casi cinco

meses de salario, un refrigerador a siete meses y para poder comprar un estéreo de mediana calidad se tendría que destinar el sueldo íntegro de nueve meses.

El ejemplo más dramático del bajo poder adquisitivo de los salarios es el de los automóviles. El carro nuevo más económico del mercado tiene un costo equivalente a poco más de seis años de trabajo de un miniasalariado.

Es por ello que también se ha reducido drásticamente la venta de autos nuevos, los cuales están ahora destinados a la exportación y a las clases económicamente altas del país.

Así, el ascenso del nivel de vida es cosa del pasado, la población en su mayoría tiene que conformarse con mandar reparar sus muebles, televisores, refrigeradores y toda clase de bienes de consumo duradero, e incluso hasta productos menores como ropa y calzado.

Obviamente, la repercusión inmediata de este fenómeno es un reacomodo de clases, donde la media descendió a baja.

Esta situación ha tenido también repercusiones psicológicas en la población, las cuales se reflejan en tensión social, incertidumbre, indiferencia y apatía, ya que la población está consciente de que sus expectativas de mejorar económica y socialmente están muy lejanas y, sobre todo, porque sabe que no dependen de su trabajo sino de quienes manejan la política económica y financiera del país.

De esta forma, para los mexicanos —o cuando menos para la gran mayoría de estos— han variado los patrones de consumo en todos los órdenes, sus expectativas de mejoría social y económica son prácticamente inexistentes, además, gran parte de la producción de bienes que antes se destinaban al consumo de los mexicanos, ahora se canalizarán al mercado externo para beneplácito de los consumidores extranjeros, quienes tendrán productos de buena calidad y muy baratos.

